

DISCURSO PRONUNCIADO
EN EL TEATRO DEL PROGRESO

LA NOCHE

DEL 15 DE SETIEMBRE DE 1886,

POR EL CIUDADANO LICENCIADO

CARMEN A. MONTEMAYOR,

ORADOR OFICIAL

Nombrado por el R. Ayuntamiento

Y JUNTA PATRIOTICA

DE ESTA CAPITAL



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

MONTERREY

IMPRESA DEL GOBIERNO, EN PALACIO,
a cargo de Mariano Flores.

1886.

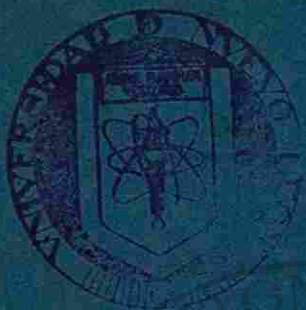
MI 972. C
2267M

122
16
886

P23

Discurso...

por Carmen A. Montemayor.



BIBLIOTECA

Am. An.
Num. An.
Proceden.
Precio
Fecha
Clasificación
Catalogación

42570



FONDO NUEVO LEÓN

F 1226

M 6

1886



1020107974

DISCURSO pronunciado en el Teatro del Progreso la noche del 15 de Setiembre de 1886, por el C. Lic. Carmen A. Montemayor, Orador Oficial nombrado por el R. Ayuntamiento y Junta Patriótica de esta Capital.

SEÑORES:—El patriotismo esa gran virtud de los pueblos modernos, que dijera Castelar, nos impulsa á agruparnos ante el altar de la patria en esta noche solemne, para hacer remembranza del acaecimiento más glorioso y del héroe más excelso que registran en sus páginas los fastos nacionales; y de idéntico modo, en cada ciudad, en cada lugar, en cada aldea se congrega en estos mismos momentos por toda la extensión de la República el pueblo mexicano, con el fin de celebrar dignamente el Septuagésimo sexto aniversario de aquella fecha inolvidable en que se dió principio á la obra colosal de nuestra emancipación política.

Distinguido inmerecidamente con la confianza del Republicano Ayuntamiento y Junta Patriótica de esta Capital, que se dignaron conferirme la difícil cuanto delicada misión de interpretar en tan augusta solemnidad los sentimientos de mis conciudadanos, me presento aquí, ante vosotros, desde un puesto superior en mucho á mi insuficiencia; no contando seguramente con el prestigio que dan los años, la fama ó el saber, sino abrigando, por el contrario, la persuasión íntima de que carezco por completo de los talentos necesarios para elevarme á la altura del asunto grandioso que nos reúne en este lugar.

Mas confío enteramente en vuestra indulgencia, que sabrá atenuar las faltas en que incurra mi patente inhabilidad; sé, además, que un auditorio escogido y numeroso como el que llena en la ocasión presente los ámbitos de este recinto, más benévolo se muestra á medida que son mayores su civilidad é ilustración; gustando de animar con su bondad los esfuerzos, no siempre afortunados, de la patriota juventud que entusiasta aspira á distinguirse, ocupando la tribuna nacional. Por eso me atreví á aceptar la altísima honra de que fui objeto al ser nombrado orador oficial por las respetables Corporaciones ya enunciadas; atendiendo á vuestra benignidad y no á mis ningunas aptitudes; desechando

52789

42570

1245A

mis justos y muy naturales temores, y oyendo tan solo la voz insinuante del deber patriótico que nos prescribe en estas cívicas festividades, allegar gustosos el contingente de nuestra buena voluntad.

No esperéis, por tanto, oír de mi labio notables conceptos vertidos en pulcro y florido lenguaje, ó en estilo fácil y brillante: tened presente, os lo ruego, mi notoria incapacidad, mi limitada inteligencia; y si la ruda elocución de mi discurso sonare discordante á vuestros oídos, perdonad, y no me neguis por eso vuestra indulgencia y vuestra atención, siquiera sea en gracia del móvil patriótico que me impulsa.

Tres centurias de ominosa servidumbre, tres siglos de esclavitud y de cadenas pesaban ya sobre la existencia del pueblo mexicano, de este pueblo laborioso y valiente que, apiñado en su origen y desnudo entre los juncos de los cenagales y las lagunas, supo un día levantarse gigantesco y arrogante para imponer su avasalladora voluntad á la tercera parte del Continente; pero que en el auge de su prosperidad, el Ser Supremo que rige los destinos de las naciones, decretó en sus designios inexcrutables que debía sucumbir al poder de castellanos conquistadores, cuando ensanchadas sus fronteras y vencidos sus enemigos nadaba en la abundancia y en la opulencia, constituido soberano en un Imperio rico, floreciente y respetado.

El undécimo y postrero Emperador de este pueblo, el inmortal Cuauhtemoc, habia ya espirado en el suplicio de Teotitlac, legando á sus pósteros el noble ejemplo de un monarca altivo y caballero sobre toda ponderación, que solo fué vencido cuando estaba reducida á escombros la Capital de su vasto imperio y habian sido destruidos por la peste, el hambre y las batallas casi todos sus guerreros; de un héroe que sufrió con estoicismo imperturbable y magestuosa actitud, el tormento de las llamas; de un mexicano, en fin, que, identificado con su patria, defendióla con denuedo y energía, hasta tocar el último extremo de las humanas posibilidades. Con este último Emperador habia sucumbido la nacionalidad mexicana.

Ciertamente, señores, el pueblo mexicano habia sido subyugado, pero al sucumbir dejaba vivas en la historia luminosas é indelebles huellas de su heroísmo y valor indomable, porque si bien es cierto que fuera vencido cediendo á la traición de sus convecinos, á la ventaja de armas superiores, á la presión de la fuerza bruta, y mas que todo, á la supersticiosa ignorancia de aquellos

remotos tiempos, no por eso habia caído cobarde y deshonorado, sino peleando como bueno; y no puede la posteridad acusarlo de pequeño ó apocado, pues en sus últimos destellos de grandeza produjo al inimitable Cuauhtemoc, como una muestra inequívoca de la virilidad y energía de su carácter.

Era preciso, pues, creer, en vista de tan gloriosos antecedentes, que un destino superior estaba reservado á Nación tan valerosa, y que de su seno surgiría mas tarde ó mas temprano un hombre grande, un libertador. Porque ¿cómo era posible que este pueblo heroico hasta en la misma desgracia, estuviera destinado á vivir en perpetua esclavitud?

Hidalgo, ciudadanos, el anciano y venerable sacerdote de Dolores fué el varón insigne predestinado por Dios para romper las cadenas de México; él fué, como acertadamente lo nombra un escritor contemporáneo, el autor de nuestro ser social, él fué el precursor de esa pléyade brillante de caudillos que nos dieron patria; él, el padre venerando de nuestra libertad.

Anáhuac yacía, entretanto, hundida en la densa lóbreguez de una noche sin fin; desangrada y débil gemía en silencio lamentando su abyección y su ruina; resignada inclinaba la hermosa frente y esperaba en Dios. Trescientos años sobre ella habian pasado, como ha dicho poco há, de encontrarse sin conciencia ni pensamiento propios, encadenada al poste de la servidumbre y sin poder siquiera murmurar una queja, que moderara la intensidad espantosa de su infortunio. ¿Su sangre? no le pertenecía porque era considerada como un motor de fuerza que explotaban á su arbitrio los avaros conquistadores; ¿su propiedad territorial? habia sido ocupada por los poderosos que le oprimian; y viviendo en el pensil amenísimo y fértil que era su patria, sufría sin embargo todos los horrores del hambre, las privaciones y el mas duro tratamiento, sin que la buena voluntad y amor creciente hacia los naturales, de que, justo es confesarlo, algunos de sus gobernantes estuvieron dotados, fueran suficientes para impedirlo.

En situación tan lamentable fué cuando el gran Hidalgo afrontó las iras de la Metrópoli, proclamando nuestra independencia la noche del 15 de Setiembre de 1810. ¿Qué grandeza tan admirable la de aquella alma gigante, que sin ejército, sin recurso alguno para sostener una lucha, desafiaba el poder casi omnipotente de la monarquía española, entonces mas pujante que ninguna otra nación de Europa!

6
Pero detengamos un momento nuestra consideración en lo que pasaba á éstas mismas horas hace setenta y seis años en la casa cural del pueblo de Dolores.

Comprometidos Allende, Aldama y Abasolo en una vasta conspiración que debía dar por resultado derrocar el poder existente para sustituirlo con uno nacional, y trabajando asiduamente con el gran Hidalgo por el triunfo de sus planes, llegóse la vez en que descubierta aquella, las autoridades coloniales resolviesen proceder contra los revoltosos; pero la Señora Doña Josefa Ortiz, esposa del Corregidor Dominguez de Querétaro en cuya casa tenían su verificativo las reuniones de los conspiradores, siendo de éstos acérrima partidaria aquella intrépida matrona, pasó aviso de lo que ocurría al Señor Allende, rogándole se pusiera en salvo. Tal aviso lo recibió Aldama la referida noche del 15 de Setiembre, y en el acto se dirigió violentamente á Dolores, donde se encontraba Allende con el Señor Hidalgo, tratando sobre diversos asuntos concernientes á la conspiración que traían entre manos.

A horas muy avanzadas de la noche llegó Aldama y puso en conocimiento de Hidalgo, Allende y Abasolo la misión que traía. Los dos últimos y el mismo Aldama opinaron desde luego por huir de las autoridades, toda vez que habían sido descubiertos y carecían de elementos para afrontar la situación. Hidalgo meditaba.

Al antiguo y entendido rector del Colegio de San Nicolás no podían ocultarse las trascendentes consecuencias de un paso enérgico dado en circunstancias semejantes, consecuencias desastrosas para él y sus compañeros, pero utilísimas y gloriosas para México: abarcábalas con la intuición del genio, pesábalas con la sensatez del anciano y preveíalas con la serenidad y convicción del sabio. Indudablemente era el momento oportuno de lanzarse á la lucha.

Empero ahí delante, aparecía ante el gran libertador un Calvario espantoso, con todos sus pavoros y horribles agonías: la excomunión, la degradación, el patíbulo. ¡Qué importaba si la independencia de su patria pendía de allí! El amaba á su pueblo y anhelaba con todas sus fuerzas verlo libre.

No debía huir, arrostrarla la muerte, y el sacrificio se consumaría; pero México debía ser salvo. Su Excelso Maestro, el divino filósofo de Galilea había enseñado á las naciones con su propio ejemplo, que la idea sobrevive á la muerte, habiendo El

7
sido voluntariamente el primer mártir de la idea; pero á la vez les había demostrado que para darla ser era preciso derramar por ella, en llegando el caso, hasta la última gota de nuestra sangre.

Así pues, levantando Hidalgo su espaciosa frente sobre la cual brillaba argentada la nieve de los años, transfigurado por heroica resolución: ¡sea! dijo. Y volviéndose á sus asombrados compañeros que en silencio le contemplaban: no es tiempo de huir sino de obrar exclamó: ¡Viva la independencia de México!

He aquí, señores, la grandeza: he aquí que aparecen ya los contornos fulgurantes del héroe. No cabía duda, en el gran cuadrante de los tiempos marcábase la hora bendita de redención para el pueblo mexicano. La idea sacrosanta de libertad encarnábase en aquel anciano rejuvenecido por el heroísmo de su esfuerzo. Rugía la tempestad y el cura de almas convertido ya en titán é identificado con su patria, afrontaba el peligro con sereno ademán y frente erguida, saludando á México con su grito sublime, con su grito fecundo, cuyos ecos inmortales se repercuten año sonoros, repetidos con entusiasmo en este día por todos los pechos verdaderamente mexicanos.

¡Viva la Independencia de México! Al vibrar el mágico acento de esta palabra redentora, conmovióse en sus cimientos el trono de los Virreyes, y brotaron como por encanto para sostener la causa de la libertad, ejércitos y genios y héroes y mártires. La historia escribió con letras de diamante en sus páginas mas queridas los nombres de Morelos, Matamores, Bravos, Guerrero, Mina, Galeana, y tantos otros; mientras al cabo de once años de lucha sangrienta, México se inscribía también en el registro de las Naciones libres, soberanas é independientes.

El gran libertador no debía, sin embargo, asistir al triunfo de la causa nacional, que no podía ser rápido é inmediato, so pena de ser efímero ó de corta duración; faltábale, además, al héroe la palma del mártir para ceñirse la corona inmarcesible de la inmortalidad, y era preciso también, que el Calvario comenzado llegase hasta su fin. En efecto, mucho antes de que tuvieran realización sus patrióticos ideales, el Señor Hidalgo fué pasado por las armas y decapitado, habiendo sido expuesta su noble cabeza en una jaula de hierro, á las miradas de la multitud: ¡En seguida del cadalso la picota; después del fusilamiento la mutilación! Sus despojos mortales exhibiéndose al desprecio del vulgo, del vulgo indiferente que no se remonta á las causas y escarneo

107974

42570

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTEPEY, MEXICO

siempre y denosta al vencido aunque esté muerto, así como aplaude el éxito y el triunfo aunque signifiquen un crimen!

¡Pero cuántos bienes no nos trajo á nosotros tan inmenso como magnánimo sacrificio!

Gracias á él hoy podemos, bajo la sombra benéfica del árbol de la paz, entregarnos tranquilos á la dulce fruición de celebrar nuestras glorias nacionales, recordando las bellas acciones de nuestros héroes, para inspirarnos en los nobles ejemplos de virtud y acendrado patriotismo que nos legaron y proclamar entusiastas sus loores, sintiéndonos poseídos de la mas pura gratitud. Libres alentamos en medio de nuestras praderas y montañas, circulando desembarazadamente por nuestras ciudades y nuestras vías; nuestra conciencia y nuestro pensamiento no están sujetos á trabas ni á presión; llevamos con orgullo el nombre de mexicanos y nos rigen las instituciones más liberales del planeta.

¡Qué diferencia tan notable entre el pueblo mexicano de ahora, y el mismo esclavo de hace setenta y seis años!

Mas no olvidemos nunca, que cambio tan favorable á la iniciativa de Hidalgo lo debemos, reconociendo cuánta gratitud á tan heroico caudillo nos liga, pues no vaciló en morir por legarnos una patria independiente. Proclamemos así mismo sus virtudes, su saber, su heroísmo y la altísima misión que con tanto desprendimiento y abnegación cumplió sobre la tierra. Recordemos, también, que la bandera, levantada hace setenta y seis años en Dolores, es la misma que hoy tremola sobre nuestros palacios, y que bajo su sombra victoriosa se han destacado las figuras inmortales de Juárez y Zaragoza, émulos dignos del padre de la patria.

Por último no olvidemos que el 15 de Setiembre de 1810, que en aquella histórica fecha, México vió dibujarse en su horizonte la esplendente aurora de su suspirada redención política, brillante perspectiva cuya aparición evocara Hidalgo lanzando al espacio su grito inmortal, que aun resuena en nuestros oídos y hace latir de noble entusiasmo nuestros corazones.

Por eso decía, Señores, que hoy solemnizamos el hecho más glorioso y al héroe mas ilustre que registran en sus páginas los fastos nacionales.

Y puesto que es así, puesto que en esta noche memorable celebramos la más culminante de nuestras cívicas festividades, re-suenen acentos fraternales de paz, de unión y de concordia entre los mexicanos, tendámos franca nuestra mano á todos los extranjeros sin distincion, principalmente á aquellos á quienes en

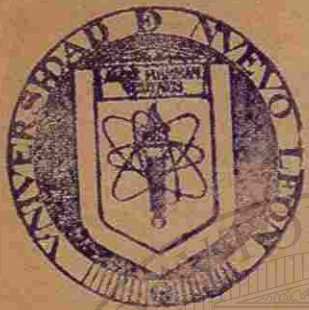
parte debemos nuestro modo de ser social, nuestras creencias, nuestro idioma y nuestras costumbres. México tiene á placer llamar sus hermanas á todas las naciones de la tierra.

Pero si un día el destino quiere que nuevos peligros se levanten contra nuestra nacionalidad, antes de lanzarnos á la lucha, vendrémos como ahora ante el altar de la patria, y delante de ese anciano, agrupados juraremos morir, morir cien veces primero, que consentir sea subyugada por extranjeros, la patria que él nos legó á costa de su sangre.

Y nuestro grito de guerra será siempre su grito sublime, el grito de Dolores; ya sea al sucumbir bajo la metralla envueltos en nuestra tricolor bandera, ó bien triunfantes al vibrar de la diadema sobre los campos de batalla. ¡VIVA LA INDEPENDENCIA NACIONAL! ¡VIVA MÉXICO!—DICE.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTECARMEN, NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA FLAMMAM
VERITATIS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

NL

972.0304
M777d

ANIL
DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECAS



UAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA CENTRAL

J. A. N.

F
M
1